

ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

MANGLER

LA OSCURA AMENAZA

MANGLER,
LA OSCURA AMENAZA

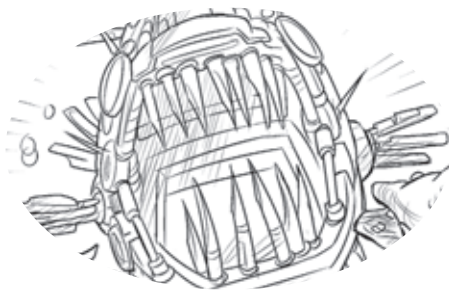


ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

Un agradecimiento especial a Michael Ford
Para James McLaughlin



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Mangler. The dark menace*
© del texto: Beast Quest Limited 2013
© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013
© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-21073-3
Depósito legal: B. 14.198-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

COMIDA PARA PECES



Afilados picos blancos se elevaban en el agua turbia hasta donde a Max le alcanzaba la vista. No eran montañas: eran unos dientes enormes. Max estaba mirando fijamente la boca de la criatura marina más gigantesca que había visto en su vida. Era más grande que cualquier barco construido en su ciudad natal, Aquora, tal vez incluso más que la ciudad misma. Una lengua rosada se arrastró hacia ellos y luego

regresó al negro agujero de la garganta del monstruo.

—¡Se nos va a tragar! —gritó Lia.

Un torrente de agua poderosa como una resaca se apoderó de Max y lo arrastró. Se soltó del buggy acuático y salió disparado hasta que se lo vio tan pequeño como el juguete de un niño.

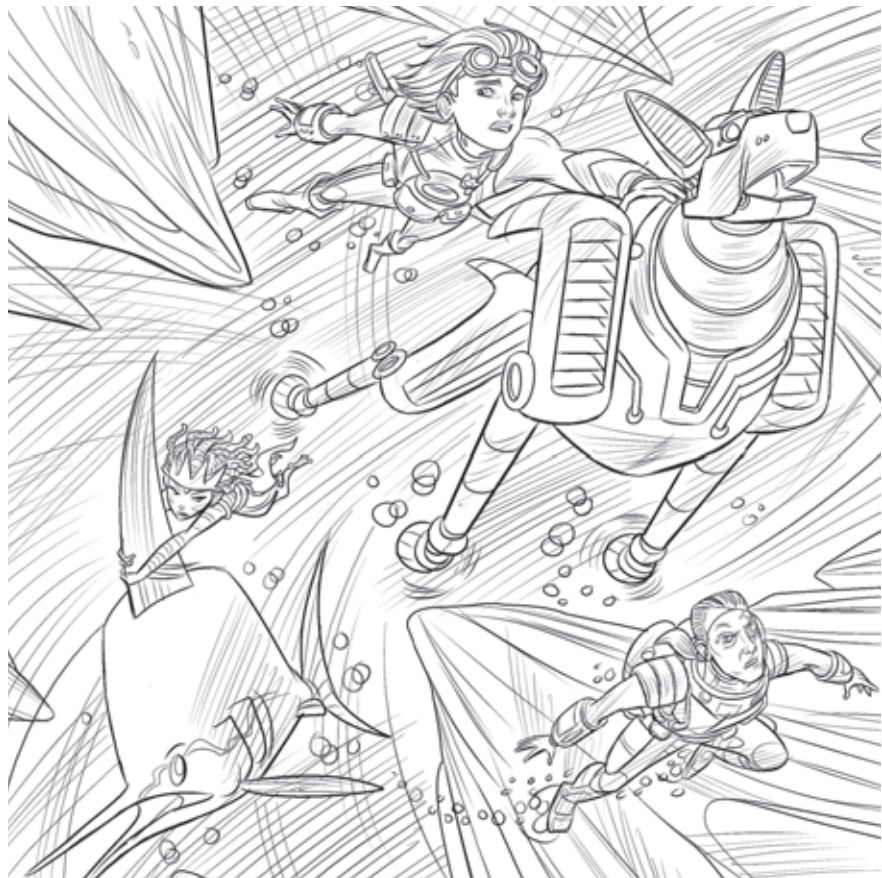
—¡Nadad para salvar la vida! —dijo Roger—. ¡Que cada marinero se responsabilice de su pellejo!

Se volvió y empezó a avanzar a contracorriente. Los propulsores de sus botas dejaron un rastro de burbujas a medida que se alejaba.

«Típico», pensó Max.

—¡Tras él! —gritó Lia.

Se subió al lomo de *Spike* mientras el pez espada se esforzaba por luchar contra la fuerza del agua. Los propulsores de las pa-



tas de *Rivet* rugieron. Max pateó tanto como pudo, pero la corriente era demasiado fuerte. Roger era ya un punto en la distancia, y, sin embargo, parecía que se hacía más grande de nuevo.

«Ni siquiera sus propulsores tienen suficiente potencia.»

—¡Espera, Max! —ladró *Rivet* al ponerse a su lado.

El chico se agarró del collar del perrobot, pero sintió que la corriente de agua se hacía intensa como un vendaval. Los succionaba cada vez más rápido hacia la boca de la criatura.

«¡No puede terminar así! —pensó Max—. Después de todo lo que hemos logrado...»

Acababan de derrotar a Crusher, un ciempiés robótico gigante construido por el malvado Profesor, pero aun así Spectron, la ciudad de los fantasmas, todavía no estaba a salvo. Y tampoco Sumara, el hogar de los merryn. Su ciudad estaba justo encima de este mundo de cuevas submarinas. Y si Max y Lia no conseguían detenerlo, el Profesor destruiría las columnas de cristal que sostenían el techo de la cueva y entonces las dos ciudades se derrumbarían.

Los nudillos de Max empalidecieron por la intensidad con la que sujetaban el collar de *Rivet*, pero estaban perdiendo terreno. Era como si una mano invisible tirara de ellos.

—¡Nada con más fuerza, *Riv*! —gritó.

Los ojos del perrobot se encendieron cuando puso los propulsores a la máxima velocidad. Por unos instantes pudo avanzar con su hocico en el agua, pero luego se fue hacia atrás otra vez.

—¡Es inútil! —dijo Lia.

Max sintió que perdía la esperanza. «Vamos a morir todos.»

Había fallado. El Profesor campaba libre, y ni siquiera había logrado saber qué le había ocurrido a su madre. ¿Estaba viva, en algún lugar de los océanos de Nemo? ¿Podría haber sido una pirata, tal como Roger le había insinuado?

Pasaron flotando por el primero de los enormes dientes. «Todavía estamos a tiempo de luchar.»

—¡Agárrate, chico! —le gritó Max a *Rivet*.

Su perrobot se sacudió y se agarró con sus mandíbulas metálicas a uno de los dientes. Un terrible chirrido penetró en los oídos de Max cuando la dentadura metálica de *Rivet* arañó la superficie. «¡No va a funcionar!» Pero *Rivet* consiguió sujetarse. Max miró hacia atrás y vio que *Spike* había clavado su espada en las encías de la criatura. Una bestia de esta magnitud probablemente ni lo hubiera notado. *Lia* se agarraba con desespero a su lomo, y su pálido pelo flotaba en el agua.

Roger se estaba acercando a ellos con los pies por delante. Había perdido la batalla contra la corriente.

—¡Ayudadme! —suplicó a través del dispositivo de comunicación de su máscara.

—¿Y qué me dices de eso de «que cada marinero se responsabilice de su pellejo»? —gritó Max, mientras el flujo de agua le atravesaba el pelo y se le metía por los ojos.

—¡Por favor! —chilló Roger.

—¡Agárrate a mí! —dijo Max, tratando de no soltarse de *Rivet* mientras inclinaba su cuerpo hacia Roger.

Este empezó a dar tumbos. Max pudo alcanzarlo y lo cogió por la pierna. El pirata se volvió y rodeó con los brazos la cintura del chico.

—¡Gracias, colega! —gritó.

A Max le ardían los hombros de agarrarse al collar, y los dedos comenzaban a resbalarse.

«No podré resistir mucho más», pensó.

Entonces el agua empezó a oscurecerse. Al mirar hacia arriba Max vio otra colosal fila de dientes que descendían. La enorme boca

los estaba encerrando como un anochecer repentino.

Todo se volvió negro, y la corriente se detuvo.

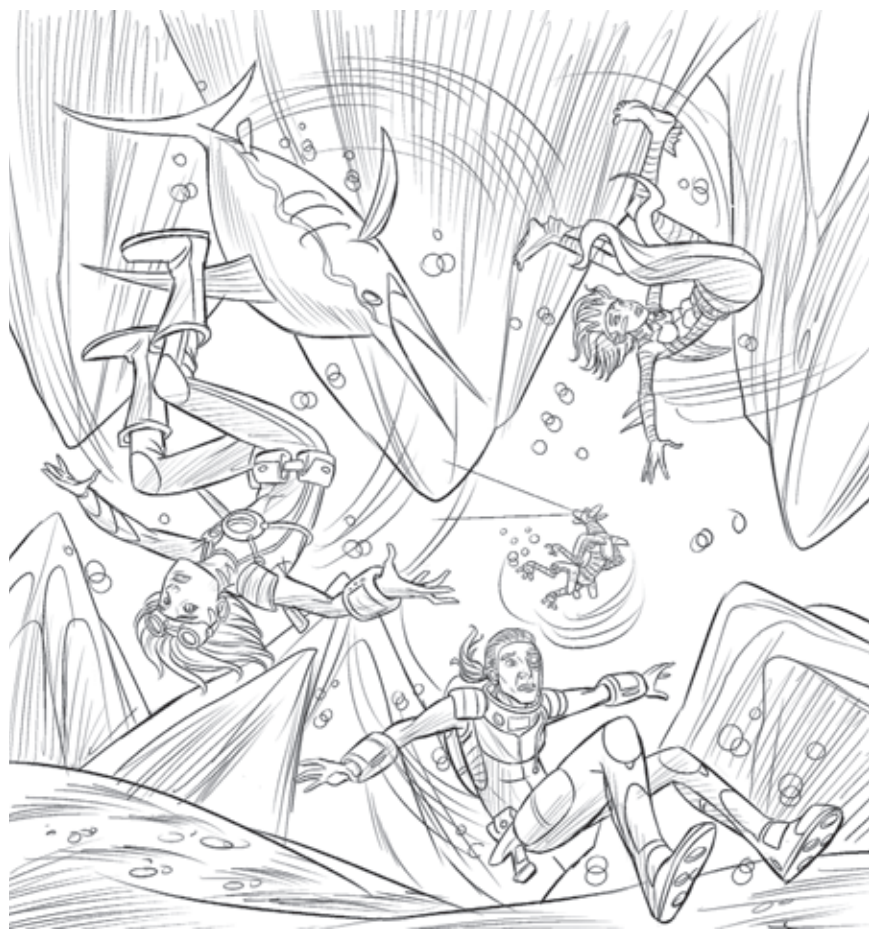
—*Riv*, enciende la linterna de tu nariz —pidió Max.

Una ráfaga de luz roja se extendió por la oscuridad y mostró las caras aterrorizadas de los demás.

«Tal vez no nos va a pasar nada», pensó Max.

Entonces, como el sonido de una cascada, el agua comenzó a caer a chorro por la garganta de la criatura.

Las manos de Roger arañaron y rasgaron las ropas de Max, pero se soltó. Él también perdió el agarre del collar de *Rivet* y salió disparado hacia la oscuridad. Vio a Lia y *Spike* dando tumbos. Con un gemido de terror, *Rivet* dejó de asirse al diente y se lanzó



tras su amo. La luz de su hocico giraba vertiginosamente.

«¡Tengo que hacer algo!», pensó Max mientras pasaba entre unos dientes enormes.

El gemido de *Rivet* aumentó de tono hasta convertirse en un rugido de pánico, igual

que cuando intentó comerse un erizo, tiempo atrás, en la isla de Aquora, su lugar de origen. Por suerte, al final estornudó porque las espinas le hacían cosquillas en la garganta y con el impulso consiguió expulsar al animalillo.

«Espera un momento...»

Quizá Max podía hacer lo mismo ahora: ¡que la criatura estornudara!

No tenía un erizo de mar, sino algo mejor. Mientras iba dando tumbos en la corriente, Max había sacado la superespada del cinturón. Este enorme monstruo apenas podría sentirla, pero solo necesitaba provocarle un cosquilleo.

La gran lengua rosa pasaba por debajo, llena de hilos de baba blanca. Vio a Lia y *Spike* deslizarse sobre el borde y desaparecer. Roger gimió al caer tras ellos. Max intentó agarrarse a la lengua para frenarse, pero le

resultó imposible. Pasó suavemente la hoja de la espada por la carne de color enfermizo mientras resbalaba a toda velocidad.

«Tiene que funcionar...»

De repente, la criatura entera tembló, y Max salió propulsado hacia delante.

—Se está atragantando —masculló Max.

Se agarró fuerte a la lengua y la rascó otra vez con la superespada. De nuevo, la criatura tosió y Max salió disparado lejos de las profundidades de la garganta. Max hizo correr la espada por la lengua una vez más, de un lado al otro.

Un rugido empezó a crecer a su alrededor. Primero *Rivet*, luego Roger y finalmente Lia y *Spike* aparecieron desde la oscuridad, sus cuerpos se dirigían hacia él a una velocidad increíble.

La corriente atrapó a Max y lo mandó de nuevo por donde habían venido. El agua ru-

gía en sus oídos, más fuerte que el motor de un jet. Sintió que chocaba contra un diente. No podía hacer nada.

Cuando la criatura volvió a abrir la boca, se hizo la luz.

Con un rugido ahogado, Max y sus amigos salieron a mar abierto.